

BIBLIOTECA

*Las Grandes Películas*

la Novela Semanal Cinematográfica



FIJAS  
RÓDICAS

POR  
GLORIA SWANSON,  
RALPH BAYES,  
etc.

50 cts.



WOOD, SIM

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

## HIJAS PRÓDIGAS

(PRODIGAL DAUGHTERS, 1923)  
Interesantísima producción americana  
interpretada por los célebres artistas

GLORIA SWANSON, THEODORE ROBERTS, Vera Reynolds, Robert Agnew, Ralph Graves, Luisa Dresser, Charles Clary, etc.



Es una Película PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

PARAMOUNT FILMS, S. A.

(Antes SELECCINE, S. A.)

Prohibida la reproducción  
Revisado  
por la censura gubernativa.

J. Martí, impresor - Barcelona

## HIJAS PRÓDIGAS

### Argumento de la película

En Nueva York, la soberbia metrópoli donde se verguen los más colosales edificios del mundo, vivía el doctor Marcos Strong, historiador y filósofo de fama universal.

Hallábase una tarde el ilustre sabio leyendo un interesante volumen que trataba de la desmoralización de la época. El doctor Strong combatía el ambiente de irivialidad y decadencia de los modernos tiempos. Pero estaba seguro también, de que era inútil luchar contra la corrupción de las costumbres.

Su ayuda de cámara interrumpió su meditación para decirle:

—Los representantes de la Compañía de Radio están ya aquí, doctor.

—Bien, que pasen...

Estrechó la mano de tres jóvenes que venían a recoger una crónica para el programa de Radio.

—Aquí está el artículo que les prometí para su sesión extraordinaria de radiotelefonía — les dijo el doctor, entregándoles unas cuartillas.

Los visitantes leyeron el escrito con que les favorecía el eminente hombre.

### LA MUERTE DE NUESTRA CIVILIZACION

*La historia vuelve a repetirse una vez más. Así como los antiguos imperios se entregaban, mientras morían, a las más desenfrenadas orgías, así nuestra civilización decadente se ahoga en placeres.*

*Nuestros hijos desdeñan los frenos de la religión y se mofan del honor, de la modestia y de los consejos de sus padres; son hijos pródigos que van bailando hacia su perdición a los acordes del "jazz".*

Y seguía una larga diatriba de consideraciones contra la corriente del mundo.

Los representantes de la Radio felicitaron efusivamente al doctor Strong por el honor que para ellos y la compañía representaba la

colaboración del maestro. Mas éste interrumpió sus elogios con frío ademán.

—No me lo agradezcan. Divulgar mis ideas por medio de la Radio es perder el tiempo. A la gente le gusta más escuchar una danza salvaje que oír sermones.

—¡Oh, no! Las palabras de usted siempre producen efecto...

—Son ustedes muy benévolos, pero no pienso así...

Saludó otra vez a sus visitantes y éstos abandonaron el despacho. El doctor quedó solo y volvió a requerir su libro, el inútil sermón contra un mundo adorador del placer.

Aquella misma noche, cerca de allí, en la finca de Stanley Garside, en Long Island, un grupo de alegres invitados celebraba el "Cuatro de Julio" la fiesta nacional de los Estados Unidos.

En los jardines del magnífico parque se había congregado una concurrencia ávida de vivir alegremente. Las músicas del "jazz" sonaban incesantes, atronando el espacio con sus metálicos instrumentos. Todos los rincones estaban iluminados por farolillos de colores y en el oscuro cielo azul se encendían las luminarias de los fuegos artificiales. Sobre esa orgía de música y luz, las risas eran el eterno motivo.

Stanley Garside, un solterón de porte simpático, agasajaba a sus invitados tan espléndidamente, que éstos no se cuidaban de ave-

ignorar de donde sacaba el dinero. Ignoraban sus medios de vida; sólo sabían de él que gastaba mucho y sus fiestas tenían fastuosa pompa.

Entre la algarabía de los invitados destacaba una linda joven de cabello negro y ojos vivos, de temperamento tan bullicioso que era conocida con el apodo de "Cascabel". Hacia esta mujer iban los ojos de Stanley Garside con pecaminosa malicia. Muchas veces le había enviado flores y otros delicados obsequios.

El verdadero nombre de "Cascabel" era el de Leonor Forbes, la libertad de que disfrutaba significaba, para ella, el derecho indiscutible de satisfacer todos sus caprichos. Bailaba, apuraba copas de champaña, reía y saltaba como una locuela indomable. Toda ella sonaba a risas y a canciones.

Marjorie, la hermana menor de "Cascabel" hacía todo lo posible por imitar a ésta. Alocada y juvenil gozaba con toda la imprevisión y el olvido de sus pocos años.

Ambas hermanas eran hijas del famoso millonario J. D. Forbes, una de las más grandes fortunas de Nueva York. Su padre se encontraba en Europa y ellas se aprovechaban de la tolerancia materna para pasar todas las noches en fiestas.

Mientras Stanley Garside acompañaba a "Cascabel", pretendiendo declararles su amor, lo que ella rechazaba entre risas, Marjorie no abandonaba a su amigo Lester Hodges, un

joven compositor de música popular y padre de innumerables piezas de "jazz".

Se rumoreaba entre la concurrencia, que Marjorie y Lester eran novios. Lo único cier-



*...muchas veces le había enviado flores...*

to que se sabía era que toda la noche habían bailado juntos.

De pronto, cesaron las orquestas que tocaban en el parque y se escuchó la música que transmitía un soberbio aparato de radio colocado en el jardín.

En un teatro de la ciudad, una "troupe" de ballet ruso ofrecía al público sus últimas novedades. Y en su escenario, un aparato de radio repetía la exótica armonía por todas partes.

Cuando en el jardín de Stanley sonaron los acordes de la orquesta rusa, el baile adquirió todavía mayor animación al compás de las extrañas notas de aquel ritmo de lejanos pueblos.

Más que bailar, saltaban, caían, parodiando los "ballets".

—¿Te cansas, Leonor? — preguntó Stanley que tenía a la linda joven de pareja.

—¿Cansarme? No sé lo que es eso... Anda, grita conmigo; ¡Viva la alegría!...

—Y viva tú que la representas!... — dijo él.

La música duró todavía largo rato. Y al extinguirse, casi inmediatamente después, la estación de radio transmitió el discurso del doctor Strong contra la sociedad moderna.

—Eh, ¿qué es eso? Escuchemos...

El locutor seguía lanzando por las ondas del espacio, los pensamientos del doctor Strong,

*...nuestros hijos desdeñan los frenos de la religión y se mojan del honor, de la modestia y de los consejos de sus padres; son hijos pródigos que van, bailando, hacia su perdición a los acordes del "jazz".*

Fuertes protestas acogieron el sermón del filósofo.

—¡Fuera... fuera!

—¡Qué se calle ese amargado!

—¡Viva la juventud! ¡A vivir, mientras se es joven!

"Cascabel" gritó, enfurecida por el discurso:

—El que ha escrito este sermón, debe ser el pelma más grande que se ha conocido.

—Vamos a contestar a ese papanatas! — propuso Stanley.

Corrieron todos hacia un micrófono que también tenía instalado el anfitrión con todas las perfecciones de una estación emisora.

Y comenzaron a gritar, uno a uno, improperios contra el doctor Strong.

—No tenemos más que una vida y no necesitamos que nos dé consejos ningún estúpido como usted.

—No son los diez mandamientos lo que nos preocupa a nosotros... Lo que nos preocupa es la ley seca...

"Cascabel", como un diablillo juguetón, injuriaba con lindas palabras, ante el micrófono, al pobre moralista.

—¡Le aseguro a usted, doctor, que si lo tuviera ante mí... me lo comía! — gritó.

—¡Bravo! ¡Bien por "Cascabel"! —

—Ea, señores, a bailar otra vez, y no nos acordemos más de ese pobre hombre.

890

La orquesta atacó las notas de un "charleston" y de nuevo se generalizó la danza.

—Chiquilla, nunca te había visto tan alegre — dijo Stanley a Leonor.

—Pues, mira, no lo estoy tanto como tú crees...

—¿Quieres bailar?

—Después, ahora prefiero descansar un rato.

Y sonriendo, se perdió entre la multitud del jardín.

Stanley rió. ¡Simpática muchacha! Estaba seguro de que algún día sería algo más que simple amiga de él.

Y entretanto, allá, en el cielo azul, Rogelio Corbin, antiguo aviador del ejército americano, volaba con su aparato sobre Long Island.

Para entretener los ocios de su excursión aérea, escuchaba desde lo alto con un ligero aparato de radio, las transmisiones de la estación. Escuchó el sermón del moralista y luego no pudo menos de sonreír al oír las protestas y los insultos de aquella juventud que se divertía allá abajo.

¿De dónde saldrían aquellos gritos rebeldes? Desde su aeroplano miró hacia la tierra y vió una casa rodeada de jardín e iluminada por mil puntitos de colores. Seguro que desde allí surgían las gentiles protestas, concibió el propósito de aterrizar en el mismo parque y

ver con sus propios ojos aquel espectáculo de alegría y placer.

Poco después, el aeroplano resbalaba sobre el fino césped del parque. "Cascabel", que un



—¿Quieres bailar?

poco fatigada se había internado entre las umbrosas alamedas, quedó maravillada al descubrir al pájaro de acero. Llevada de su espíritu atrevido, corrió hacia el aviador.

Este había bajado de la cabina y sonreía a la linda muchacha.

"Cascabel, entre risas, al ver el aparato de radio, dijo:

—Supongo que ha oído usted la conferencia del doctor Strong y ha descendido del cielo para hacernos alguna advertencia.

—No fué la conferencia del doctor lo que me hizo descender; fué la respuesta de ustedes — contestó Corbin, también riendo.

—¿De modo que usted es un dios bajado del Olimpo para rescatar a una pecadora?

—Si la pecadora quiere convertirse en ángel, puede utilizar las alas de mi aparato...

"Cascabel" examinó al aviador. Era un joven alto, simpático, de continente agradable. Su palabra decidida le gustó. Y ávida de emociones, llevada de su natural impulso, le dijo:

—¿No estaría mal que me convirtiese en angelito! ¿Vamos a hacer la prueba! ¿Quiere?

—Yo... ¡Encantado!

Y cogiéndola en brazos la subió al interior de la cabina mientras él se aposentaba ante el volante.

—Únicamente una vueltecita, ¿eh?

—Como usted quiera, pero a su lado sería capaz de quedarme para siempre en el aire...

—¡Exagerado!

Giró la hélice y el avión se perdió en el infinito espacio azul. Estuvieron volando largo rato, a gran altura.

"Cascabel" hallábase entusiasmada ante aquel deporte que ignoraba. Ondeaban sus cabellos negros, sentíase toda llena de frescas

bocanadas de aire puro que le daban la sensación de un baño interior. Expresaba en cálidas frases su alegría, pero Corbin, atento a la dirección del aparato, permanecía silencioso.



—¿No estaría mal que me convirtiese en angelito!

De pronto, el cielo se encapotó y comenzó a llover una agua espesa, violenta, que parecía aplastar con su choque al aeroplano.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es eso? — murmuró "Cascabel", con cierto temor.

—No se asuste... Vamos a aterrizar lo antes posible...

La lluvia iba acompañada de relámpagos que iluminaban el cielo como trazos de luminosas serpientes.

Se habían alejado bastante de la ciudad y volaban ahora sobre bosques donde el descenso era dificultoso por carecer de campos apropiados para el mismo.

Mas como era peligroso el permanecer por más tiempo en el aire, Corbin se dispuso a descender donde fuera posible.

Vió una pequeña parcela de terreno llano y a él encaminó el avión, no sin que antes rozase éste con la copa de unos árboles y fuese a caer de modo brusco y próximo al accidente. Pero estaban ya en salvo, tocaban suelo firme.

Bonita manera de aterrizar — dijo "Cascabel".

—La única posible... y gracias.

Llevaban los vestidos empapados.

—Hemos de buscar un albergue — dijo el aviador.

Por suerte, cerca de allí había una casa que tenía las ventanas iluminadas.

—Es un pequeño hotel. Descansaremos en él un rato...

La muchacha y el aviador abandonaron el aparato y entraron en la modesta fonda.

Inmediatamente un matrimonio, dueño del hotel, les atendió con exquisita amabilidad,

proporcionándoles fuego para que pudieran entrar en reacción.

—Señorita, voy a traerle a usted ropa seca — dijo la mujer.

"Cascabel" tiritaba de frío, mas a pesar de su situación, estaba contenta. Aquella aventura que de modo tan inesperado terminaba la fiesta de Stanley, la llenaba de contento.

Mientras ella se cambiaba de ropa, el ingeniero Corbin pretendió telefonar a la ciudad. Era menester volver a ella cuanto antes. Comprendía su responsabilidad al pasar una noche con una muchacha desconocida, una buena hija de familia, probablemente.

Su intento fué inútil. El temporal había derribado los postes telefónicos y estaban incomunicados.

Disgustado, volvió a la chimenea junto a "Cascabel".

—Nunca me he encontrado tan originalmente vestida — dijo ella, riendo y señalando el amplio traje que acababa de prestarle la fondista—. Y usted, pobre amigo mío, ¿no tiene con qué mudarse?

—No se preocupe por mí — respondió el aviador—. Lo que siento es haberla metido en un compromiso sin querer. No podemos comunicarnos por teléfono con la ciudad y es imposible salir de aquí hasta mañana.

"Cascabel" con su encantadora sonrisa, contestó:

—Yo no le doy importancia a estas situaciones...

Corbín añadió, desconcertado por la actitud despreocupada de ella:

—Supongo que no estaría de más que nos presentásemos. Soy Rogelio Corbín, ingeniero constructor de la casa Forbes.

"Cascabel" sintióse allorozada al escuchar el apellido de su padre: Forbes. ¿Y aquel aviador era un empleado de la casa paterna? ¿Sobberbia casualidad!

—A Forbes le conozco de toda la vida — dijo —. Mañana regresa de Europa.

—¡Ah! ¿Usted conoce al señor Forbes? Me alegro. ¿Qué gran hombre es él! Y a pesar de sus riquezas, no ha modificado nunca sus ideas y sus costumbres — agregó con calor.

—Veo que admira usted mucho al señor Forbes — respondió ella, complacida.

—Lo merece de sobras... ¿Es tan bueno para todos! Pero todavía no me ha dicho usted su nombre, señorita...

"Cascabel" vaciló. ¿Qué sorpresa la del ingeniero al encontrarse ante la hija de su principal! ¿Y qué mal rato pasaría! No, no quería satisfacer su curiosidad.

—Deseo guardar mi incógnito... se lo ruego.

—No insisto... aunque lo siento en el alma.

Se levantaron y "Cascabel", después de tender gentilmente la mano a su amigo, se encerró en su habitación. El ingeniero quedó

sonriente ante la puerta, escuchando como la muchacha cerraba con llave.

¡Dulce criatura venida a su lado de modo providencial! La recordaría siempre con cariño...

Y el ingeniero, sintiéndose fatigado, fué a ocupar el cuarto que acababan de destinárle.

Los dueños de la fonda comentaron con malicia:

—¿Quiénes serán? — dijo la mujer.

—Conozco a la muchacha. La llaman "Cascabel"... Es hija del millonario Forbes. La he visto en las carreras de caballos.

Y entretanto, allá en Long Island, Stanley y sus invitados realizaban infructuosas indagatorias para encontrar a "Cascabel". ¿Le habría ocurrido alguna desgracia? Era rara aquella misteriosa desaparición... Buscaron por todos los rincones del parque, por todos los alrededores de la finca... ¡Inútil intento! Nunca como en aquella ocasión se pudo decir que la joven había volado.

Al siguiente día, restañada ya la comunicación telefónica, la señorita "Cascabel" ordenó al fondista avisase al señor Stanley, de Nueva York, lo que había sucedido y lo comunicase a su madre, la señora Forbes.

El ingeniero pasó la mañana procurando componer el avión. Sería cerca de mediodía cuando logró ponerlo en disposición de volar.

—Señorita — dijo a "Cascabel" —, si us-

red quiere puedo llevarla en el aeroplano a la capital.

—¡Oh, ahora no siento tanto entusiasmo por ser ángel como el que sentía anoche! Además, he avisado a mis amigos y no tardarán en llegar.

—Pero... ¿me separaré de usted sin saber su nombre?

—No puedo, quizás si algún otro día nos vemos, lo sepa usted.

—Respeto su silencio. Ignoro quien es usted, pero sabe usted mi nombre... y si alguna vez necesita un par de alas, avísenme...

En aquel momento un automóvil se detuvo ante la fuca. Iban en él Stanley y otros amigos de la joven, comisionados por la familia de "Cascabel" para recogerla.

"Cascabel", después de despedirse del aviador, corrió hacia el automóvil. De lejos, Stanley y Corbin se saludaron con extremada frialdad. Sin conocerse, se odiaban.

Pero, hijita, ¿qué hiciste anoche? — preguntó Stanley—. ¡Buen susto nos has dado!

—¡Oh, perdonadme! Si queréis, el aviador Corbin os explicará. Fue una travesura mía.

—No quiero palabras con ese hombre — dijo, celoso, Stanley.

Emprendieron la marcha hacia el hogar de la joven. Por el camino ella contó lo corrido y al llegar a su casa logró, en el acto, el perdón materno.

—Debes ser algo más juiciosa, Leonor... comprende que hablarán mal de ti...

Y mientras la señora Forbes se limitaba a dar aquellos atinados consejos, el aviador Corbin, que en avión había vuelto a la ciudad, no podía librarse del recuerdo de la dulce y juvenil pasajera de su aparato.

Aquel mismo día, algo más tarde, un enorme transatlántico llegaba a Nueva York, lleno de pasajeros ansiosos de poner los pies en su casa.

El más impaciente de todos ellos era Juan D. Forbes, padre de Leonor, que regresaba a su país después de una ausencia de tres años.

El millonario, al pisar suelo firme, dirigió la vista hacia los grupos que aguardaban a los viajeros. ¿Dónde estaría su familia? En vano buscó por todos los lugares sin ver en parte alguna a su mujer y a sus dos hijas. ¡Cosa extraña!

Un antiguo criado de la casa recibió en el muelle al señor con grandes demostraciones de júbilo.

—¡Oh, señor Forbes, qué alegría!

—Bien, Julián, bien. Pero, ¿no han venido mi señora y las niñas a esperarme?

El sirviente bajó la cabeza, anonadado.

—Dime, ¿están todas bien? ¿No hay ninguna enferma?

—Se encuentran todas perfectamente, señor...

—Me preocupa su ausencia...

El criado recogió las maletas, y cabizbajo marchó junto a su señor. También él lamentaba que los compromisos de sociedad de las señoras las hubieran impedido ir al muelle.

Forbes, disgustado, sintió deseos de llorar, al ver los enternecedores cuadros que se sucedían en el muelle. Unos niños besaban a su padre que había llegado en el vapor, y el millonario, por contraste, notó entonces su soledad.

—Apretemos el paso, Julián. Quiero estar en casa cuanto antes.

Durante los años de ausencia de su marido, la mamá de Leonor y Marjorie se había convertido, al igual que sus hijas, en apasionada entusiasta de todo lo moderno. Un especialista le había hecho una operación facial a fin de que su rostro tuviera de nuevo la frescura de la juventud. Tan atractiva y elegante estaba, que su amigas aseguraban que cuando volviera se Forbes no la reconocería.

La llegada de Forbes, conocida con un mes de anticipación, no había impedido la celebración de la Junta del Club Moderno en el propio domicilio del millonario. Para la esposa de Forbes, las reglas de sociedad eran lo primero del mundo.

Estaba formada la Junta por elegantes damas de la aristocracia neoyorquina, mujeres bellas y ricas que odiaban la rutina de lo antiguo. Asesorando a ese club femenino, se ha-

habían varios arrogantes caballeros, maestros en el arte de hablar y vestir bien.

Leonor asistía a la reunión, mientras fumaba un cigarrillo oriental. Escuchaba con atención a un apuesto joven que daba cuenta a los reunidos de un suceso publicado en los periódicos.

—Vean ustedes lo que dicen los diarios...

*Una ola de inmoralidad barre el país.*

*Un sabio eminente critica las costumbres modernas.*

*Tiene palabras de censura, sobre todo, para los jóvenes de nuestro tiempo.*

*Los sagrados ideales de la sociedad y de la familia son letra muerta para nuestros hijos.*

—Señores — dijo, con voz tranquila —, este ataque ridículo del doctor Strong contra la mujer moderna, no merece la pena de ser tomado en serio.

Todos coincidieron en aquella opinión. Era necio discutir con un hombre anticuado y solitario que desconocía las reglas y las etiquetas que impone la mundología. El desprecio era la mejor contestación.

Hallábase en aquel punto la discusión, cuando llegó a su casa el millonario Forbes.

—¡Jubán — dijo a su criado —, en ninguna parte del mundo se está mejor que en el ho-

gar. Pero, ¿dónde están mi señora y mis hijas?

—Tienen Junta del Club Moderno, señor. Voy a advertirles su llegada.

Forbes quedó solo. De la estancia vecina se oían rumores de voces. Pero, ¿es que su hogar estaba trastornado?

El sirviente fué a avisar a la señora la llegada de su esposo.

La dama sabió entonces al encuentro de Forbes.

—¡Oh, maridito mío! — dijo con ternura.

—¡Luisa! — exclamó él, olvidando en un instante sus pequeñas contrariedades.

—Perdona que no hayamos ido a esperarte, pero tenía visitas de compromiso, una Junta inaplazable...

—Ah, ya... mas, dame otro abrazo, chiquilla.

La besó y estrujó entre sus manazas robustas, y la esposa se desahogó protestando levemente:

—Pero, Forbes... me has quitado los polvos de la cara. Voy a parecer un adefesio...

Requirió un pequeño espejo y pasó una borla por su rostro.

Forbes, asombrado, la contemplaba.

—Luisa — le dijo —, parece que tienes veinte años menos que cuando me marché.

—Hay que conservar la juventud, maridito mío... los hombres os causáis de las mujeres viejas...

Riendo, él preguntó:

—Y las niñas, ¿cómo no han venido? Con el deseo que tengo de abrazarlas...

—No lo extrañas... Tenemos tantas ocupaciones... Leonor está ayudándome a atender a los invitados, y Marjorie no va a tardar en llegar. Ha ido a casa de unos amigos.

—¿Apenas las conoceré cuando las vea! ¡Tanto habrán cambiado!

Leonor, que acababa de enterarse por el criado del regreso de papá, entró en la habitación:

—¡Papá... papáito!

Se colgó a sus brazos llenándole de besos.

—¡Qué guapa estás! — dijo el viejo—. ¡Y cómo has crecido! ¡Eres toda una mujer!

—Y tú, papá, vienes más joven que nunca...

—Eso no. No en balde pasa el tiempo...

Leonor, la alborotada "Cascabel" de los salones, dio unas chapaditas a su cigarrillo de Oriente. El señor Forbes puso el ceño adusto.

Leonor, ¿has visto alguna vez fumar a tu mamá?

—Ya lo creo, papá — respondió, tranquilamente—. Si este cigarrillo es precisamente de la marca que ella fuma.

—Pero... ¿tú fumas también? ¡Ay, no me gusta eso!

Leonor calló.

Forbes se sentía disgustado por aquel hábito de perniciosa modernidad que se mascaba en su hogar. No pudo ocultar su disgusto.

—Papá, tú eres muy bueno... Pero eres un poquito anticuado en tus cosas... — le dijo la muchacha, acariciándole.

—Es la moda, Juan, hay que seguirla — agregó Luisa—. ¿Qué diría, sino, la gente?

El padre quedó unos instantes meditabundo. Encontraba su casa distinta. Durante su ausencia habían ocurrido grandes cambios.

Leonor y su madre desaparecieron de la habitación y Forbes, solo, se encaminó hacia otras estancias. Notaba una soledad, una variedad aterradoras. Había él llegado a su propia casa y su presencia no tenía la menor importancia para nadie.

Forbes cruzó varios salones y luego se sentó ante una mesita, en la que había una cartera que distraídamente abrió. Examinó con indiferencia su contenido y poco a poco fué aumentando su curiosidad.

En las elevadas facturas de vestidos, de comidas, de fiestas, denotando todo ello el piamujoso en que vivían las mujeres. Lo que más le llamó la atención fué la factura de una clínica, importante 7,500 dólares por la operación facial y tratamiento de la señora Forbes.

¡A aquel extremo había llegado su esposa! ¡A una operación quirúrgica para que sus tejidos adquirieran nueva vitalidad! ¡Ah, de estar él en Nueva York, no lo hubiera permitido! Los años no deben ocultarse nunca — pensaba él —, son nuestra mejor aureola.

Disimularía, no intentaría censurar los actos pasados, pero en lo sucesivo era necesario que cambiase aquel modo de vivir.

Llegaron a él las notas de un piano que to-



—Es la moda. Juan, hay que seguirlo...

caba un "jazz". ¿Qué reunión era aquella? Lentamente se encaminó hacia donde surgía la música.

Marjorie había regresado de su paseo con sus amigos y para terminar la velada se había organizado un baile.

La muchacha, acompañada de su amigo Lester Hodges, el compositor de "jazz" que no la dejaba nunca, bailaba a los acordes de aquella música dislocada.

En las evoluciones del baile salieron a una contigua estancia y allí parándose de pronto, se besaron suavemente.

En aquel instante, apareció la figura severa del señor Forbes.

El joven Lester, viéndose sorprendido, marchó más que de prisa a ocultarse entre el numeroso grupo de invitados, y Marjorie quedó impasible ante su padre.

Por fin, reponiéndose, se echó tranquilamente en sus brazos.

—¡Oh, papá! ¡Qué alegría verte otra vez!

Mimosa, le abrazó y llenándole de suaves besos, no intentó siquiera formular una explicación por haberla sorprendido besándose con Lester; a ella le parecía aquello natural tratándose de casi su futuro novio.

El señor Forbes no quiso, por el momento, añadir a la escenita. Contempló a su hija y la dijo:

—¿Cómo has crecido, bebé mío...!

Marjorie, riendo, contestó:

—Papá, yo ya no soy ningún bebé. Pero, ven, que voy a presentarte a mis amigos.

El padre tuvo que pasar por el suplicio de estrechar algunas docenas de manos pertenecientes a toda una colección de jóvenes per-

fectamente inútiles ¡Cómo estaba su casa, Dios!

Salió de aquella estancia donde la música seguía esparciendo sus notas, y tuvo ahora que aguantar la presentación de todas las personas que constituían la Junta del Club Moderno. Luisa iba ponderando, uno a uno, las gracias de todos los invitados.

El aguesto doncel que había protestado contra las afirmaciones del doctor Strong, dijo a Forbes:

— Merece usted que le felicite por tener una familia tan interesante, tan fiel intérprete del espíritu de la época.

Forbes, agresivo, respondió:

— Perdóne usted que no sea de su mismo parecer...

Friamente despidió a todos aquellos invitados que dañaban su casa y luego dijo a su mujer que quería hablarla en la biblioteca.

Ya en el salón, el millonario recriminó duramente a su esposa cuanto estaba ocurriendo.

— La culpa no es sólo de las muchachas. Tú las has echado a perder con tu ejemplo y tus mimos... Y por su propio bien, quiero que cambien de conducta.

— ¡Es mucho querer! — dijo Luisa.

— Pues hay que obedecerme. Aquí reina el desorden más absoluto y no quiero que esto continúe ni un momento más.

Por la noche, a la hora de sobremesa, For-

bes habló por primera vez en su vida de algo que no interesaba al auditorio.

Ante Luisa y sus hijas, manifestó su determinación de transformar las costumbres de la casa. Marjorie y Leonor protestaban contra sus palabras, ayudadas debilmente por la madre.

— Papá, haces mal en censurarnos. La joven de hoy es muy capaz de salir afuera de todos los peligros. — dijo Leonor.

— Aunque así fuera, ni vuestra dignidad ni la mía pueden consentir que os burléis de nuestras más sagradas costumbres y que hayáis convertido esta casa en un manicomio. ¡Porque esto es un manicomio!

Un camarero anunció al señor Forbes que había llegado Rogelio Corbin.

— ¿Le digo que pase?

El semblante de Forbes se dulcificó.

— ¡Mi querido Corbin! Pues no faltaba más, sí, que entre...

Las mujeres se retiraron. El viejo las besó dulcemente como si sintiera el reproche anterior.

— Quizás he estado un poco duro, ¿eh?, pero es el amor que os tengo lo que me hace hablar así...

Marjorie, lloraba...

— Anda, vete a tu cuarto, pequeña... Y ahora no te olvides de rezar tus oraciones antes de acostarte...

Y sonrió. Estas palabras parecieron trans-

portarle a muchos años antes, cuando sus hijas eran pequeñitas como muñecas. ¡Qué tiempos aquellos!

Luisa se despidió de él y marchó. Iba también a hacerlo Leonor, la loca e irascible "Cascabel", cuando apareció en la puerta la figura del ingeniero Rogelio Corbin. Leonor quedó mirándole suavemente.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente las manos y el joven contempló un momento a Leonor con emoción. Y aquella joven que había tenido en su aeroplano era la hija de Forbes. Acababa de saberlo por un suelto calumnioso que publicaba un periódico.

—Señor Forbes — dijo con precipitación —, me alegro de encontrarle aquí. He venido porque quiero que sepa la verdad acerca de este escandaloso artículo.

Puso en sus manos un periódico y Forbes, asombrado, leyó en voz alta:

*La última aventura de Leonor Forbes es fácil que descubre un casamiento secreto. El es aviador...*

—¿Qué significa esto? — dijo, alterado.

Noblemente, Corbin, explicó lo ocurrido. Oyéndole hablar y excusarse, "Cascabel" reía...

—Yo he sido siempre un hombre de honor, señor Forbes. ¡Y voy a abofetear al que haya escrito esto! ¡Estoy dispuesto a hacer

cualquier cosa por proteger el nombre de su hija!

Leonor le interrumpió:

—No se moleste. ¡Eso no tiene importancia!



*Leonor quedó mirándole suavemente.*

El millonario, después de agradecer a Roberto su actitud, le dijo viendo la indiferencia de "Cascabel":

—Mi hija no parece preocuparse mucho de su buen nombre. Ella confunde la licencia con la libertad, y no le importa que su reputación

corra de boca en boca si con ella consigue un poco de estúpida notoriedad. Lea usted, su album, Corbin... ¡Leonor colecciona lo que dicen de ella los periódicos!

Puso en sus manos un volumen, y luego, marchó... Estallaba de indignación ante todo aquello.

El album que Forbes había descubierto en un "secreter" horas antes, estaba formado por recortes de periódicos que hablaban de Leonor.

—¡Oh, mi padre! — dijo Leonor —. Todo le asusta. ¡Ha venido de Europa convertido en un misántropo!

Corbin, nervioso por la actitud de la joven a la que en secreto amaba, leyó un refajo de periódico:

*Leonor Forbes vende besos en una fiesta benéfica.*

—¿Ha sido usted capaz de hacer eso? — preguntó.

—¡Y más de una vez! ¿Qué importa? Un beso no tiene gravedad. Vaya, Rogelio, en recuerdo de aquella aventura del avión, ¿no me compraría usted un beso?

Le miraba con mimo, llena de simpatía hacia el arrogante aviador. Pero él protestó:

—Jamás ha comprado un beso, ¿entiende? Los tomo...

Y sin que ella pudiera evitarlo, la besó en los labios con beso fuerte, de hombre que está dispuesto a imponer su superioridad y la estrechó contra su corazón.

Y sin decir palabra, salió.

Leonor sintióse turbada por el gesto amigable. ¡Qué hombre! ¡Y qué orgulloso parecía!

Y sonrió como perdonándole la amargura. ¿Es que el ingeniero la quería?



A la noche siguiente, las dos muchachas siguiendo cada una en su plan de absoluta independencia, asistieron a la fiesta que se daba en casa de una de sus amigas. Eran las tres de la madrugada y no habían regresado aún.

El señor Forbes se paseaba indignado esperando la vuelta de sus hijas. Sería la última vez que saliesen de noche y solas. Pues, ¿qué casa era aquella?

A las tres y media llegaron las dos muchachas. Las habían acompañado varios amigos vendiendo con Leonor, Stanley Garside, y con Marjorie, Lester, el músico del "jazz".

La sorpresa de las dos jóvenes fué indescriptible al encontrarse frente a frente con su padre.

—Eso ha terminado, hijas mías. Quiero que me entreguéis los llavines. No veo la necesidad de que estéis en la calle a estas horas.

—Pero, papá... lo elegante es llegar tarde a casa...

—Pues hentos acalado con la elegancia. Vengan los llavines.

Las chicas, despechadas, le entregaron las

llaves de la casa. ¡Papá se estaba volviendo imposible!

—Papá, tengo mucho sueño para empezar ahora a discutir — dijo Leonor —. Que descanse...



—¿Ha sido usted capaz de hacer eso?

Las dos hermanas se encerraron en sus cuartos, mientras Forbes se prometía usar en lo sucesivo una enérgica política con sus hijas.

Al siguiente día era domingo. El señor Forbes, y su esposa se disponían a ir a misa.

cuando vieron pasar a su hija Lennox, vestida con llamante traje de deporte.

—Bonito traje para ir a la iglesia — dijo el padre—. ¿Cómo te atreves a ir así?

Ella protestó:



—Jamás he comprado un beso, ¿entiende?

—No sé por qué no puedo ir a misa con el mismo traje con que voy a jugar al "golf".

—¿Te burlas de nuestra religión? — gritó el señor Forbes.

—No me burlo, pero la entiendo de modo distinto al tuyo...

—Te exigo que vayas a cambiarte en segunda de ropa y que vengas a la iglesia con tu mamá y conmigo... Avisa también a tu hermana.

Ella se negó, impasible:



...la estrechó contra su corazón.

—No me decido a ir sin este traje... Ea, no voy a misa ni al golf, me quedo en casa...

Llamando a una doncella, le ordenó:

—Haga el favor de decirle al señor Stanley, que me espera fuera, que ya puede marcharse.

Y luego, con lágrimas de rabia, dijo:

— ¡Ya estoy cansada de que se me trate como a una esclava! ¡Voy a marcharme de aquí y a vivir como me plazca!



— *Eso ha terminado, hijas mías. Quiero que me entreguéis los llaves.*

Se encerró en su cuarto. llorosa. El señor Forges, gritó:

— ¡Que se fastidie! Hay que acabar con todas esas costumbres. Estoy harto de estos pupanatas que acompañan a mis hijas. Desde

hoy no quiero verles más con ellas. Y, vámonos, Luisa.

Su esposa dió un suspiro de dolor íntimo. ¿Por qué era tan anticuado su esposo? Había traído la perturbación y la guerra... Y marchó con él, resignada, dispuesta a cumplir el precepto dominical.

Después de terminada la misa, Rogelio Corbín, acompañó a los Forges hasta su casa.

Apenas llegaron, vieron descender del piso superior a Leonor y a Marjorie, en traje de viaje y con sendos paquetes en las manos.

— ¿Qué quiere decir esto? — preguntó Forges.

— Nos vamos de casa — dijo Leonor.

— ¡Pero... hijitas... vosotras estáis locas... abandonarnos! — gimió la madre.

— Queremos vivir como nos plazca y escoger los amigos que más nos gusten. Papá se figura que puede obligarnos a vivir como él quiere, y se equivoca.

— Leonor tiene razón — agregó Marjorie.

A alguna distancia presenciaba Corbín la escena. Sentíase apenado, dolorido. ¡Tanto cómo le gustaba Leonor!

La madre, ante el miedo de separarse de sus hijas, suplicó a su marido:

— Por Dios, Juan; no permitas que se marchen...

Pero el padre con voz enérgica y decidida, ofendido por la determinación de las muchachas, contestó:

—Cuando érais pequeñas y me desobedecíais, os daba coscorrones, pero ahora ya sois lo suficientemente grandes para que pueda impedirlo, si os empeñáis en hacerlo. Si estáis decididas a marcharos, podéis iros, y sólo deseo que la vida no sea muy cruel para vosotras...

—Nos vamos, lo hemos pensado bien; aquí nos falta hasta el aire para respirar — dijo Leonor.

—¡Hijitas, no nos abandonéis! — gimió la madre con lágrimas en los ojos. — ¡No las dejes marchar, Juan!

—Que hagan lo que se les antoje. Comprendo tu dolor, Luisa. El mío no es menos intenso, pero yo no puedo condescender en cosas que no son lícitas.

Las dos jóvenes iban a salir, cuando Rogelio Corbin, se acercó a Leonor.

—¿Ya se da usted cuenta de lo que va a hacer? — preguntó—. Su determinación puede causarle mucho daño.

—No me importa. Vamos a vivir nuestra vida. Cuando tengamos casa, ya le mandaremos nuestra dirección — respondió "Cascabel" alegremente.

Y marcharon las dos hermanas, sin lágrimas, serenamente y tranquilas, como heroínas de un ejército en busca de la libertad.

Los Forbes y Rogelio se miraron desolados, inquietos. ¡Ay, los hijos!



Instaladas las dos hermanas en el famoso barrio de Greenwich — el barrio bohemio de Nueva York — en donde el nombre de su padre les facilitaba ilimitado crédito, "Cascabel" no tardó mucho tiempo en ser el anfitrión de todos los parásitos de la colonia.

Los primeros días fueron para Leonor y Marjorie de alegre sorpresa. El cambio de vida, la ilimitada libertad de que gozaban, les produjo una felicidad sin límites.

Leonor, la inquieta "Cascabel" dió en su pisito una gran fiesta a la que concurrieron todos los bohemios del barrio. Eran la mayoría de ellos, gente fracasada, sin verdadero mérito, inútiles artistas que pasarían la vida en el dolor del anónimo. Viviendo siempre entre la miseria y la escasez, la compañía de aquellas muchachas, que gastaban sin medida, les llenaba de asombro. Creían haber entablado relaciones con ángeles del paraíso.

Leonor no se preocupaba por los gastos. Las facturas las presentarían en casa de papá, quien no tendría otro remedio que abonarlas.

A la fiesta había invitado también a Rogelio Corbin.

Como era ya muy tarde y todavía no había llegado el aviador, la muchacha comenzó a impacientarse. ¿No vendría?

Por fin se presentó Rogelio.

Tenía miedo de que no aceptara usted mi invitación — dijo ella.

—¿Por qué no? No pierdo la ocasión de estar un rato con usted... Ahora la veo menos que nunca...

Se sentaron ante una mesita y tomaron el té. En otras mesas se hallaban una colección de bohemios que reían y gritaban sin cesar.

—Esto es alegría, Rogelio, y no el ambiente de mi casa que parece un cementerio...

—Es una apreciación personal suya... — respondió él, severamente.

El aviador paseó los ojos, distraído, por todos aquellos invitados que hasta olvidaban las reglas de la cortesía.

Un individuo de ojos tristes, con melena, besaba a una muchacha que tenía en sus brazos y le gritaba:

—El amor es un don inapreciable, ¿verdad?

Rogelio, sonrió tristemente. Aquel ambiente debía ser perjudicial para las dos hermanas. Había que sacarlas de allí.

—Su amigo, el artista, parece partidario de *mostrar* sus explicaciones — dijo, señalando a la atrevida pareja.

Leonor, riendo, contestó:

—Estoy viendo que es usted tan anticuado como mi papá.

—Yo, Leonor, soy un hombre lógico. Y ¿dónde está Marjorie?

Salió con Lester Hodges, su novio. Creo que quieren casarse pronto.

—Ustedes no saben lo que se hacen, antiguas.

En aquel momento irrumpió en el salón un nuevo grupo de bohemios, gritando y saltando. Tras ellos llegaba Marjorie del brazo de Lester, el joven compositor.

—¡Nuestro barrio se ha contaminado! — gritó un artista — ¡Una pareja de los nuestros se ha casado!

—Aquí no queremos matrimonios — gritó otro — ¡Vamos a echarlos de nuestro barrio!

—Eh, eh, ¿qué es eso? — dijo Lester — Nadie nos echa de Greenwich. El amor es lo primero del mundo. ¡Viva siempre el amor!

Y besó a Marjorie que reía.

Y en aquel instante de bullicio, cuando Leonor y Rogelio se dirigían a la joven para pedirle explicaciones, dos nuevos personajes penetraron en el salón. Eran el señor Forbes y su esposa.

Se hizo un silencio repentino, como si la presencia del matrimonio coartara la libertad de los bohemios. Poco a poco éstos fueron desfilando con cierto temor.

Marjorie y Leonor, con los ojos bajos, estaban ante sus padres. Rogelio estaba seguro

de que Forbes venía a recoger a las muchachas. Y Lester, el compositor, al lado de Marjorie, aguardaba tranquilo los acontecimientos.

—Chiquillas — dijo el señor Forbes —, lo hemos pensado mejor y creo que debemos recogerlos aunque no lo queráis.

Lester, intervino, rápido:

—Marjorie es mi mujer... Esta tarde nos hemos casado... De modo que nadie más que yo tiene derecho sobre ella.

La indignación de los Forbes llegó a su límite.

—¿Casarte con mi hija? ¿Cómo ha sido eso?

—Pregúnteselo usted al pastor — respondió Lester—. Y vámonos, Marjorie, mujercita mía.

Los recién casados, sin hacer caso de las súplicas paternales salieron de la casa. La señora Forbes lloraba en silencio.

Y el millonario, exaltado, gritó a Leonor:

—¿Cómo has podido consentir que tu hermana se case con ese sinvergüenza?

—¡Oh, no la rifa usted, señor Forbes! — dijo Rogelio—. Yo he venido precisamente para aconsejarlas que volvieran a su casa...

—Ya sé que es usted un buen muchacho, Rogelio, pero contéstame, Leonor, ¿cómo no las evitaba esa descabellada boda?

—Tengo tan poco derecho como ustedes a decir a Marjorie lo que tiene que hacer — contestó, irriamente.

—Ya veo que eres indiferente a la suerte de tu hermana y que nuestra visita es inútil — gritó Forbes.

—Hija mía, sé razonable — agregó la madre.

Leonor guardó silencio.

—Pues bien — continuó el señor Forbes —, desde este momento te prohibo que toques un céntimo de mi dinero para divertirte... y cuando te hayas cansado de llevar esa vida que tú llamas "independiente", puedes regresar a casa... Vámonos, Luisa.

Los esposos salieron lentamente, amargados por el fracaso. ¡Aquellas hijas indómitas serían su muerte!

Rogelio, cuando quedó a solas con la joven, le dijo cariñosamente:

—Leonor, ¿por qué no escucha a los que le quieren bien?

—¿Qué derecho tiene usted a sermonearme? — protestó, enfurecida.

—El derecho que puede tener quien la quiere a usted desde que la conoció.

Ella le miró con menos hostilidad. Y el joven, siguió, esperanzado:

—Voy a sacarla de aquí y hacer de usted la mujer que quiero que sea.

Esas palabras irritaron a Leonor. ¡Siempre la protesta contra la vida de libertad!

—¡Ah, ya comprendo! Es usted como mi padre... como todos los hombres. Quiere hacerme su esclava!

—Leonor, escúcheme; usted es buena pero ligerita de cascos y está usted expuesta a perderse si no abandona este método de vida.

—¡Está usted completamente equivocado! ¡No tengo por qué reformar mis costumbres! ¡Hemos terminado!

Aun insistió Rogelio, pero ella mantuvo su negativa.

—Algún día me dará usted la razón, Leonor...

Entró en el piso, abierto para todos los amigos, un grupo de muchachas con Stanley. Eran amigos de otros días que la felicitaban por haber dado al traste con la intolerancia familiar.

—Ven, "Cascabel" — le dijeron—. Stanley va a llevarnos a un lugar donde podremos jugar a la ruleta.

—Sea usted de la partida, Leonor, adorable amiga — dijo Stanley, alegremente.

—Sí, sí, voy con ustedes... a divertirme...

Rogelio, sin despedirse, abandonó la casa. ¡Ay! ¡Leonor estaba perdida! ¿Cómo arrancarla de la pendiente del abismo?

Leonor con Stanley y el grupo de amigos se dirigieron a una quinta de los alrededores de la capital. En ella estaba la fuente de ingresos de Stanley Garside... Un establecimiento del cual era secretamente dueño y en donde agasajada a sus invitados... por cuenta de ellos mismos. Una casa de juego.

Stanley que hacía largo tiempo que acari-

ciaba ciertos propósitos relacionados con Leonor, puso en práctica su plan para hacerla suya.

—Vamos a jugar — le dijo—. Estoy seguro de que ganará usted...

Locuela, la muchacha, fué a una mesa de ruleta.

—Pero... no llevo dinero...

—No importa. Aquí tengo yo influencia, la harán...

Y ordenó al "croupier" entregara algunas pilas de fichas a la joven.

Ella comenzó a jugar y las primeras partidas le fueron favorables. Esa momentánea ganancia la entusiasmó y siguió jugando, presa de gran interés. Pero después de la suerte inicial, la Fortuna parecía volverle las espaldas y "Cascabel" se encontró con que había perdido todas las fichas que le prestaron.

—¡Ay! No tengo suerte... Pero, ahora he de pagar yo a la caja, ¿verdad? ¿Cuánto debo?

El croupier, severo, respondió:

—Nueve mil dólares...

Leonor volvióse pálida. ¿De dónde iba a sacar ella aquella cantidad? Su padre acababa de retirarle el crédito.

Stanley, pálido, corrió en su auxilio:

—No te preocupes por esa deuda... Yo la liquidaré y ya me pagarás otro día...

—Gracias, Stanley... usted me salva de un gran compromiso.

—Pues no faltaba más. ¿Qué no haría yo por ti!

Llenó un cheque por nueve mil dólares y lo entregó al "croupier":

—La deuda de la señorita...

El empleado, sonriente, se inclinó. Los dos hombres cruzaron una mirada de inteligencia... sabían bien los trucos... Stanley, dueño de la casa de juego se pagaba a sí mismo... ¡No era mucho sacrificio!

Leonor se retiró aquella noche a su hogar, malhumorada. Era deudora de nueve mil dólares. ¡Diablo!

Pasaron algunos días. Con la risueña esperanza de embolsarse una parte de los millones de Forbes, Lester Hodges, el marido de Marjorie, comenzaba a perder la inspiración y ya no podía escribir piezas de "jazz".

Había solicitado varias veces el perdón de Forbes, pero éste contestaba que nada quería saber del músico, hombre de conducta irregular y corrompida. Y la dulce Marjorie comenzaba a vislumbrar que tal vez se había equivocado en sus propósitos de felicidad. Lester parecía otro hombre, ya no era el novio cariñoso de antes, sino el espíritu calculador que sólo mira la ganancia.

El nuevo matrimonio habitaba un pisito del barrio bohemio. Leonor no había querido ir con ellos, prefiriendo vivir aún en el suyo, pero empezaba a impacientarse.

En los barrios bohemios ocurre, con harta frecuencia, que los amigos y el dinero se marchan del brazo. Y Leonor comenzaba a ex-

perimentar la soledad. Como su padre cerró para ella la Caja, la alegre "Cascabel" encontróse tan pobre como los mismos artistas



*Leonor comenzaba a experimentar la soledad.*

del barrio. Esto la ponía de malhumor... verdaderamente esa vida de independencia tenía también sus amarguras. Mientras habla di-

nero, todo iba bien, pero ahora, sin fondos, adquiría un aspecto doloroso.

Una tarde, en que estaba más aburrída que nunca, recibió la visita de su amigo Stanley.

—Leonora, "Cascabel", descaba verte... Te quiero tanto...

Ella la recibió con cierta prevención. Los días de soledad le habían enseñado a ponerse en guardia contra aquel hombre. Algunas veces, mucho antes, tuvo ya que rechazar las insinuaciones de su amigo. ¿A qué vendría ahora, solo? Quizás quisiera cobrar lo que ella le debía.

—¿Estás sola... aburrída? Anda, ven conmigo y te distraerás...

Sus brazos estrecharon fuertemente a Leonora y pretendió besarla en la boca. No había nadie en el piso. ¿Qué mejor ocasión?

—"Cascabel", te quiero, te quiero, ¿y tú? Ella le rechazó con acritud.

—Stanley, no finjas que me quieres... Te conozco de sobras... Lo mismo has dicho a otras mujeres... Y a propósito... Ahora recuerdo que todavía no te he pagado aquella deuda de juego.

Stanley sonrió. ¿Y ello qué importaba? En su cerebro se forjaban audaces pensamientos. Si Leonora quisiera, podía considerarse pagado. Hay cosas que valen más, mucho más que el dinero.

Leonora fué a un armario y volvió con un estuche de joyas. Puso en las manos de Stan-

ley una media docena de preciosos brazaletes.

—No seas tonta — dijo el solterón—. No te desprendas de tus joyas. Ya me pagarás cuando quieras.

¿Por qué no? Te debo dinero y es justo que pague ahora mismo.

—Me contento con unos besos, ¿quieres?

Ella comprendió. En aquel instante sintió repugnancia por aquel hombre que en otro tiempo le había sido simpático. ¡Ah, veía claramente sus intenciones!

—No, Stanley... Conmigo pierde el tiempo. Tenga los brazaletes. Un hombre como usted, sabe, casi siempre, emplear bien las joyas. Quizás le hagan falta algún día.

Vencido, Stanley, tuvo que aceptar las joyas. ¡Mal le había salido la combinación! Pero, ¿qué tenía "Cascabel"? Parecía que aquellos días de soledad la habían transformado.

—Tu actitud me intriga — le dijo — ¿Se puede saber que es lo que te propones?

—Lo que yo me propongo eres incapaz de adivinarlo. No creas que pienso pedirle dinero a mi padre. Voy a trabajar y a vivir modestamente. Comprendo el error que cometi al marcharme de casa, pero soy demasiado orgullosa para volver a ella... Trabajaré...

—No me hagas reír, "Cascabel". Las jóvenes como tú no habéis nacido para trabajar.

—Pues yo voy a demostrar que todo consiste en proponérselo...

—Lo veremos...

Y Stanley con las joyas en el bolsillo, salió amargado por la derrota. ¡Una conquista fracasada!

Leonor decidió cambiar de vida. ¡Ay, la existencia comenzaba a ponerse dolorosa para ella! Pero trabajaría, manteniendo por encima de todo, su honradez. Y enseñaría a sus padres que una joven independiente puede luchar y ganarse la vida sin ayuda de nadie.

Un buen día desapareció del barrio bohemio. Y mientras los artistas hacían cábalas acerca del paradero de "Cascabel", ésta con el nombre de Leonor Jones, trabajaba de dependienta en una tienda de modas.

Estaba contenta porque se ganaba la vida. Pero una noche, al salir el modisto, elegante sujeto, se acercó a ella, con demasiada amabilidad.

—Quiero que venga usted a cenar conmigo. Es usted la dependienta más bonita de mi casa. Y yo tengo la costumbre de obsequiar a las que se encuentran en su caso.

—No puedo aceptar su invitación, señor...

—¿Por qué? Leonor, si usted quisiera...

Y el modisto, aprovechándose de que había salido ya todo el mundo, alzó con sus brazos el talle de Leonor.

La mano de la joven cayó rápida contra el rostro del tenorio.

—¿Cómo se atreve usted?

Enfurecido el modisto rugió:

—Voy a ponerla a usted de patitas a la calle! ¡Desvergonzada!

Y Leonor perdió su empleo. En vano intentó hallar otra ocupación. Y entonces tuvo que trabar relación con los prestamistas despreciándose poco a poco de los últimos objetos de valor que le quedaban. Ay, recordaba la promesa de su padre de que siempre se la recibiría con los brazos abiertos, pero no quería aceptarla. ¡Volver derrotada, vencida? ¡Nunca!

Un día, al salir de la casa de un prestamista, vió a Lester Hodges, el marido de Marjorie, del brazo de otra mujer.

Leonor había efectuado algunas visitas a casa de su hermana y sabía que ésta no era tan feliz como pensó al casarse. Lester la trataba mal.

La compañía de Lester con una mujer, hizo temer a Leonor por la suerte de su hermana. ¡Y Marjorie era la hermana menor, que ella debía cuidar y proteger! ¡Iría a verla! ¡Temblaba por su felicidad!

Encontró a la muchacha llorando.

—Me abandona. El infame... Lee... —le dijo Marjorie.

Leonor cogió un papel que ella le tendía y leyó:

*Marjorie: Siento tener que decirte que eres un obstáculo para mi trabajo. Además, ya es*

*toy cansado de esta vida matrimonial. Será mejor que te vayas a casa de tus padres.*

*Lester*

—¡Pobee Marjorie! — gimió Leonor—. ¡Ay, nos habíamos equivocado! ¡Buscábamos la felicidad donde no podíamos hallarla.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora, hermanita?

—Te llevaré a casa de papá...

Marjorie, disgustada por aquel terrible golpe que anonadaba su corazón, se dejó llevar en silencio por su hermana. Subieron a un *auto* dirigiéndose a casa de Forbes.

Ya frente al hogar paterno, Leonor abrazó a su hermana y ésta, llorando, llamó a la puerta.

Leonor, desde el *auto*, luchaba entre la conveniencia de ir también a suplicar el perdón de sus padres o el orgullo de mantenerse independiente en la lucha. ¿Qué hacer?

Los señores Forbes se despedían en aquel momento de Rogelio Corbin quien les comunicaba que no había podido averiguar el paradero de la señorita Leonor desde que se marchó del barrio Greenwich.

—Rogelio — le decía, apenado el señor Forbes —, ven a verme a menudo. Me siento muy solo en esta casa sin mis hijas...

Alguien llamó a la puerta. Forbes que estaba en el recibidor, abrió, y su emoción no tuvo límites al encontrarse ante Marjorie que se arrodillaba a sus pies.

—¡Papá... papá! ¿me admites en casa?

—¡Marjorie! ¡Hija de mi alma!

Lloraban... Leonor, desde el *auto* había presenciado la escena. Al ver que su padre abrazaba a Marjorie, sintió deseos de ir también a postrarse a suplicar perdón, pero pudo aun más su orgullo. Dando orden al *chauffeur*, desapareció el *auto*, veloz.

El ruido del motor hizo volver los ojos a Marjorie.

—Pronto, papá... ¡En aquel *auto* está Leonor!

—¡Voy corriendo! — dijo Rogelio saliendo a la calle.

¡Intento inútil! El coche se había perdido entre los innumerables vehículos. Y Rogelio tuvo que renunciar a encontrar a la amada.

Y mientras, en la casa paterna, los Forbes seguían abrazando a Marjorie, llenando de besos a la hija reconquistada...

Pasaron meses sin que se supiera nada de Leonor. La alegría de los Forbes al recobrar a la hija pequeña, se veía turbada por la desaparición de Leonor. Seguían las pesquisas para averiguar su paradero, mas sin resultado favorable.

Leonor habitaba una buhardilla de un barrio extremo de la ciudad. Trabajaba en bordados, ganando un miserable jornal. Y orgullosa, seguía manteniendo su fiera independencia.

Mas la vida independiente pierde una parte de sus atractivos cuando se espera pasar las Navidades en la más completa soledad.

Y Leonor, en su votabanco, ante una cena misera, comenzaba a lamentar su terquedad. ¡Por qué no volver a la casa paterna?

Leyó distraídamente un periódico y le interesó esta noticia:

*Rogelio Corbin marchará en breve a Europa representando a la Compañía Forbes.*

¡Rogelio! Casi sintió deseos de llorar. ¡Mozo simpático! Sonrió ante la aventura del avión. ¡Qué dulces tiempos! ¡Ya no volve-

rían más! Y ella quería a Rogelio, pero su orgullo... su maldito orgullo...

Llamaron a la puerta y Leonor, al abrir, encontróse con Stanley Garside. Aunque le disgustaba ese hombre, porque sabía sus intenciones, era tanta su soledad, que le recibió con cierto cariño.

—No hay duda de que has sabido esconderte bien de tus amigos! — le dijo él. — ¿No quieres venir a cenar conmigo esta noche?

No, no, prefería permanecer en casa. Pero Stanley suplicó con afecto:

—Anda, vamos, que esta noche es Nochebuena...

¡Nochebuena! ¡Noche de hogar!

Ella vaciló:

—Bien, acepto... aguarda, que voy a vestirme.

Quería aturdirse, olvidar sus pesares en la copa de la alegría...

Vistió un traje de *soirée*, el único que le quedaba y marchó con su amigo al Club de los Cincuenta en donde se bebía lo mismo con prohibición que sin ella.

Por el camino la vió Lester Hodges, el antiguo marido de Marjorie. Sonrió al descubrir que iba con Stanley. ¡Vaya! ¡Leonor comenzaba a saber vivir!

En el club reinaba una alegría loca. El vino hacía locuaces a las gentes. Todos estaban contentos y únicamente Leonor parecía desplazada. Se negó a bailar a pesar de los requeri-

mientos de su amigo. Aquel entusiasmo, aquella alegría de la que ella había sido reina en otro tiempo, le producían malestar... En vano intentó contagiarse con aquel espíritu de frivolidad. ¡No podía!

—¿No te alegras, chiquilla? ¡Cómo has cambiado, mujer! En vez de "Cascabel" voy a llamarte la cosa más triste que se me ocurra! — le dijo Stanley.

—Estaría más acertado — respondió ella—. Estas cosas ya no me divierten. Lo veo todo de otra manera... He vivido demasiado en estos últimos meses. Todo ha cambiado ante mí.

—No, "Cascabel", estas cosas no han cambiado — dijo él, acariciando su mano—: la que has cambiado eres tú. Ahora pretendes que el dinero, los trajes, las fiestas... no te atraen... Pero te atraen tanto como antes. No puedes negarlo. Y si tú quisieras, "Cascabel", yo te haría feliz, porque te quiero. Y pondría a tus pies una fortuna.

Leonor sonrió con amargura.

—Stanley, estás perdiendo el tiempo. No puedo amarte. Ya no soy la mujer que tú conociste. ¡Ea, estoy cansada! ¡Quiero marcharme de aquí!

Se levantó. En vano él insistió para que bailasen. ¡No, no! Y Stanley se hallaba enfurecido. ¡Fracasar así, tan lamentablemente!

Había entrado en el club, Rogelio Corbín, acompañado de un amigo. Estaría solo unos momentos, pues a él no le divertían aquellas

cosas. Miró con prevención a todo aquel gentío embriagado de placer... y de pronto... descubrió a Leonor que cruzaba el salón.

Sorprendido, corrió hacia ella... Y en aquel mismo instante, escuchóse una fuerte voz:

—Señores, escondan ustedes el licor. ¡La policía!

Momento de pánico. Vaciarón algunos las botellas de vino, otros pretendieron escapar...

Los agentes entraban ya en el salón. Stanley procuraba ponerse en salvo. La joven, horrorizada, buscaba en vano una salida. Y Corbín corrió hacia la muchacha:

—¿Leonor, Leonor!

—¿Usted... Rogelio!... — exclamó ella, llenándose de esperanza.

Alguien apagó la luz. En la oscuridad hubo lucha. Rogelio con Leonor en brazos, saltó a la calle por un pequeño balcón. Todavía tuvo que luchar contra la policía que pretendía detenerles. Mas, finalmente, hallóse en salvo en una vía desierta.

Subió a un taxi. Dió la dirección del señor Forbes. ¡Por fin, había encontrado a Leonor! La muchacha, floraba en silencio, arrepentida, confesando por primera vez su derrota.

—Sí, Rogelio, sí, vámonos a casa. Me encuentro sola, sola. Llena de peligros... Pero temo que no quieran perdonarme.

—La perdonarán, Leonor. ¡Qué alegría cuando la vean!

Llegaron al hogar. Leonor temblaba, sin

atreverse a franquear la puerta. Dando el brazo a Corbin penetró en el comedor.

Allí, rodeando un gran árbol de Navidad,



— ¡Leonor... hija del alma!

llo de golosinas y objetos, se hallaban los señores Forbes y Marjorie.

Al ver entrar a Leonor, quedaron inmóviles, como si creyeran ser víctimas de una alu-

cinación. Pero la voz de su hija les habló de la realidad.

— ¡Papá, mamá, perdonadme! — murmuraba la pobrecita, llorando.

— ¡Leonor... hija del alma! ¡Por fin!



— ¡Ya nunca te separarás de nosotros!...

Y la llenaron todos de abrazos y besos con la misma alegría con que se recibió al hijo pródigo.

— ¡Alma mía, Leonor! Ya nunca te separarás de nosotros... — gemía su madre.

Marjorie besaba a su hermana.

Lloraban de emoción... Luego, ya más sereno, le señor Forbes dijo a Corbin:

—Estas van a ser las mejores Navidades de mi vida! Y gracias, Rogelio, gracias, es usted merecedor de mi gratitud...

Leonor envolvió al ingeniero en una mirada dulce, de verdadero amor. ¿Qué premio le daría?



Y algún tiempo después de la dura lección, Leonor se casaba con Rogelio Corbin y marchaba con él a Europa, y Marjorie, obtenida la demanda de divorcio contra el compositor Lester Hodges, encontraba en el verdadero amor de un hombre honrado la felicidad de su vida.

FIN

Próximo número:

La gran superproducción «ALBATROS»

## LOS DOS AMORES

Por los célebres artistas Jean Angelo, Natalia Lissenko, Camille Bardou, Pierre Batcheff, etc.

Sea usted coleccionista de

*Los Grandes Films*

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

**EN BREVE**

aparecerá el libro 13 de las selectas

**EDICIONES ESPECIALES**

de

**La Novela Semanal Cinematográfica**

**¡ADIOS JUVENTUD!**

Creación de la célebre CARMEN BONI  
la deliciosa protagonista de «CHICO O CHICA?»

**¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!**

**Ediciones BISTAGNE**

lanzará a la venta el día 16 del corriente el  
segundo libro de su trilogía

**COLECCIÓN DE NOVELAS SENTIMENTALES**

**Placer, Dolor y Felicidad**

original de la famosa escritora  
**Milagros de Rodil de Alba**

Recuerde usted este título:

**PLACER, DOLOR Y FELICIDAD**

**¡LA NOVELA QUE NO OLVIDARÁ NUNCA!**

